

BNPHU
PD-RV
RD861.4
C422d

TULIO M. CESTERO.

DEL AMOR.



SANTO DOMINGO.

IMP. "CUNA DE AMERICA" - J. R. ROQUES.

1901.

33316.10

BNPW
PD-RV
D0 861.4
C422d



**Biblioteca
Nacional**

**PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA**

EXLIBRIS



F. Henriquez y Carvajal

COLECCION



TULIO M. CESTERO.

DEL AMOR.

PREMIADO EN LOS JUEGOS FLORALES, CELEBRADOS
POR EL ATENEO "AMIGOS DEL PAIS," EL
19 DE MARZO DE 1901.



SANTO DOMINGO.

IMP. "CUNA DE AMERICA" - J. R. ROQUES.

1901.



33316 ² D19

Imm. 2018/HL

Para Don Federico
Henriquez y C.

Afectuosamente
de su muy

Felis M. Cestero

Sto. Dgo. ilgo. 28/907

Para una dama de manos bellas.

DEL AMOR.

BN
RDPG1-42
C422d
e.1



EN el parque, bajo un laurel, cinco poetas charlan. El coloquio es animado, ocúpanse en los juegos florales, divagan acerca del Amor.

028841

La luz de la luna arrebuja en un velo de plata la antigua y romántica villa española, que en la cálida noche tropical es una como flor de sangre, de voluptuosidad y de muerte.

Uno de los poetas habla.

El Amor, dice, no existe en la eléctrica vida moderna; el Amor era pagano. La Cruz proyectó su silueta larga y trágica por las campiñas de Chipre, y el triste Nazareno escribió en el pórtico del templo de Amatonte, la horrible palabra: pecado. Y las teorías de vírgenes que ofrendaban rosas blancas, palomas albas y velos azules á Afrodita, iluminaron como antorchas las fiestas en los jardines

de Nerón; purpuró su sangre la arena del circo y las garras de las fieras, y se llamaron hermanas del ave, del lobo y del polvo.

La Patria del Amor fué Grecia, la alegre. Sí, alegre en las risas de las ninfas, cuyas bocas bermejas heridas por los besos de los sátyros, se abrían como las granadas heridas por las flechas del Sol; era alegre en la embriaguez de Dionisios y en la syringa del Gran Pan; era alegre en la ceguera de Eros; en la belleza única y gloriosa de Venus; en la fuerza del Toro raptor de Europa, y en la gracia del Cisne que amó Leda.

La voz que en el mar de Sicilia anun-

ciara á los marinos la muerte de Pan, anunció también la muerte de la Alegría y del Amor. La sangre del Cristo roció las campiñas griegas con las melancolías del Oriente, y las palomas venusinas vuelan y vuelan, sin encontrar una gota de agua en el cáliz de una flor ni un grano de oro en ese pueblo de estatuas mutiladas.

Sin la alegría de la fuerza y la belleza paganas, atormentados, setibundos, insaciables, persiguiendo siempre un mundo nuevo, los modernos hacen sus almas complejas, sutilizan las sensaciones, buscan en la tortura la voluptuosidad, y, cultivadores de orquídeas raras, malditas,

han convertido el jardín del Amor, en el Jardín de los Suplicios de la China.

—No, dice otro, el Amor es hijo del Cristo. Jesús, el dulce, derramó sobre la tierra la verdadera alegría: la de las almas impecables. Era fuerte y bello el amor griego; es abnegado y casto el amor cristiano; colgaba aquél su nido en las florestas; éste, á los pies de Dios; deseaba el uno la carne bella; sueña el otro las almas puras. El amor pagano es Elena, la de los blancos brazos, fuego y sangre para Troya; el amor cristiano es María de Magdala, redención y gloria para el mundo.

Y un tercero, interrumpe:

—Eso que vosotros llamais el Amor, es una debilidad: el hombre, fué creado para el Orgullo y para el Odio, y amar es humillarse, es poner cadenas al yo libre y original. La mujer es Onfala, que ofrece una rueca á Hércules; Dalila, que corta los cabellos á Sansón. El poeta de la Escritura la ha cantado: “más terrible que el arma en la batalla.” Es la enemiga del Ensueño y del Ideal; es fuente inagotable de tristeza y de dolor; la miel de sus labios engendra el Hastio.

Y el más joven habla:

Florece en mi alma la Primavera. Amo á todas las mujeres. Soy Paolo: en cada labio para mí se enciende el beso de la

de Rimini. Soy Romeo: de cada balcón pende para mí una escala y en cada árbol la alondra anuncia el alba. Soy don Juan: amo la morena, cuya negra cabellera perfumada es un jardín en la noche; amo la rubia, de cabellera como un río de oro, como una floresta de oro.

Y tú qué opinas? preguntan á coro los cuatro, al quinto, que permanece callado escuchando una fuente gemir.

—Yo? Uno de vosotros ha hablado del Jardín de los Suplicios de la China, yo vivo en él: de una mujer amo las manos. Os reís, verdad?

Pues bien, oíd: todo amante es fetiquista. Se ama á una mujer; pero hay

algo de ella que nos seduce más: los cabellos, los ojos, la boca, las manos, la voz, el gesto, algo; mas no se la ama unánimemente, igualmente. Así, yo amo sus manos.

Blancas, de una albura mate de marfil antiguo, su carne es ideal; la piel, dulce; las curvas, suaves, florentinas; las uñas, pétalos de rosa; frágiles, como esos lirios que florecen en los arenales ardidos y solo viven el espacio de una mañana. Más bellas que las manos de Friné, de Elena, de Cleopatra, cantadas por el poeta Gautier; divinas manos de Monna Lisa, pintadas por Leonardo da Vinci.

Se dijera que el alma rara y noble de

una dogaresa palpita en ellas; que acendran todas las virtudes y las gracias ancestrales; que las flores por ellas tocadas les han trasmitido su alma. Y su perfume es turbador, embriagante como un vino nuevo y fuerte.

Mi angustia es intolerable; los leones de Otelo desgarran mis entrañas. Sólo el amado puede besar la boca, los ojos; pero todos los amigos pueden estrechar sus manos y la banalidad del saludo es como una profanación. Cuando alguien, incapaz de admirarlas, las estrecha ante mi vista, yo siento que unos brazos de gigante me oprimen fuertemente, fuertemente, y en la locura de los celos, mis



ojos contemplan un campo florecido de lirios albos, y luego una gran hoz que los troncha implacable, y luego una onda de sangre que sube, sube y ahoga todos los lirios, todos los lirios. Y ante mí están sus manos separadas del gentil tallo que son sus brazos, exangües, muertas, y las cubro de pétalos de rosa, blancos y rojos, blancos y rojos, en tanto murmuro como una plegaria: "suavidades para la suave."

Oh! cuando mi Verso diga al Pueblo la palabra de la felicidad y merezca un lauro, yo no anhele la corona de gramíneas de los héroes romanos, ni la de rosas y acantos de los poetas griegos, yo

quiero para mi frente, que una dulce y cruel tristeza asombra, sus manos blancas, que la ciñan dulcemente, dulcemente.

La luz de la luna arrebuja en un velo de plata la antigua y romántica villa española, que en la cálida noche tropical es una como flor de sangre, de voluptuosidad y de muerte; la fontana, al destrenzarse, aljofara las azucenas que perfuman.

Y cuando el último de los poetas hubo hablado, los otros cuatro le miraron: dos con piedad, dos con ironía.

Marzo de 1901.



